

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

	Página
Introducción Histórica a los Libros Simbólicos de la Iglesia Luterana	1
Historia de la Iglesia Cristiana	7
Homilética	10
El Profeta Jeremías	19
Bosquejos para sermones	24
Informe sobre la Federación Mundial Luterana	37
Das Raumverständnis ins N. T.: Ernst Lerle	46
"Ich bin euer Tröster": Hans Rottmann ...	47
Gramática Hebrea: P. Pedro Gómez Sch. P.	48

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

EL PROFETA JEREMÍAS

"Anda a donde quiera que yo te envíe, y habla todo cuanto te diga". Así dijo Dios a Jeremías en el día en que lo llamó para ser profeta suyo. Nosotros, los pastores y predicadores, también somos profetas, pero no en el sentido como un Isaías, Jeremías, Oseas, etc., porque no fuimos llamados directa o inmediatamente por Dios y puestos en medio de las naciones para anunciar los sacros designios del Altísimo. Somos profetas porque en el fondo, en la esencia misma, el oficio del profeta es el mismo que el de Pastor. Sólo que nosotros fuimos llamados indirecta o mediatamente a nuestro oficio, a saber, por medio de nuestra congregación.

Por eso Dios nos dice también a cada uno de nosotros: "Anda... y habla (predica)". No nos habla, es claro, personalmente, sino que por medio de su Palabra. Pero así como un Jeremías tuvo miedo y conocía de antemano la gran responsabilidad, las duras exigencias, las muchas dificultades, las tentaciones y aun las necesidades de su oficio que hasta deseó deshacerse de él, protestando: "¡Ay Jehová, Señor! ¡He aquí que no sé hablar, porque soy niño!". Así también nosotros muchas veces, si somos sinceros, sentimos miedo y angustia de desempeñar nuestro oficio en vista de la gran responsabilidad y seriedad que pesa sobre nuestra conciencia. Más aun si pensamos que algún día deberemos rendir cuentas ante Dios de todo lo que hemos hecho en el cumplimiento de nuestro deber (Cf. Ezeq. 3:17-19); entonces más de una vez sentiremos deseos de obrar y decir como Jeremías. Sí, cuántas veces nos sentimos incapaces y nos creemos inaptos y aun torpes para ser ministros del Dios santo. Aún más, hay veces que en vista de todo ello y viendo nuestra fragilidad, nuestra flaqueza y pecaminosidad, desearíamos huir de la presencia de Dios como un Jonás porque nuestra misión nos parece demasiado difícil o que nos hemos equivocado de vocación, especialmente si no vemos enseguida los frutos de nuestros esfuerzos.

Pero justamente para tales momentos de prueba o, como también pueden ser, de debilidad, es cuando Jeremías nos ofrece un magnífico ejemplo de animación y valor. Por eso es de suma necesidad para nosotros que leamos muchas veces y con mucha devoción al profeta Jeremías. Dios jamás dejará de animarnos

y fortalecernos por medio de él. Porque a medida que más lo leamos y usemos para nuestra propia edificación espiritual, tanto mejor se patentizará en nuestro espíritu la grandeza de la misión y la sublimidad del oficio que debemos cumplir: a saber, lo mismo que Dios dijo a Jeremías: "¡Anda a dondequiera que yo te envíe, y habla todo cuanto yo te diga!" — En vista de todo esto, consideraremos a continuación algunos puntos prácticos de la vida y obra del profeta Jeremías que podrán servirnos de gran estímulo y aliento. Sirva el siguiente concepto como tema y título del presente trabajo:

Jeremías un ejemplo para predicadores

1. — Es un ejemplo de fe y obediencia:

El profeta Jeremías es a través de toda su vida y su obra una brillante personalidad pedagógica, de la que podemos aprender muchísimo. Aquí tocaremos algunos puntos de valor práctico para nuestra vida y obra como servidores del Santo Dios. Ellos podrán servirnos al mismo tiempo para comprender mejor todo el libro y la obra del profeta. Ante todo dejemos bien sentado esta verdad básica acerca del profeta: **"Jeremías es un ejemplo de indestructible fe y total obediencia a Dios.** La historia de su época nos testifica con asombrosa nitidez que él ha tenido que cumplir una misión como ningún otro profeta; que a él se le confirió la más difícil de las misiones. La época de su actuación es mala, triste y corrompida. En ella Jeremías debió anunciar a los tercos e incrédulos Judíos la pronta y rápida destrucción de Judá y Jerusalem, al igual que su posterior traslado al cautiverio babilónico. Jeremías cumplió su misión en el preciso momento en que la iniquidad y el endurecimiento del pueblo maduraban para el juicio segurísimo e impostergradable.

Esa es la misión ardua y difícil que debió cumplir. Pero pensando que Jeremías NO era, por naturaleza, un carácter fuerte y severo, sino más bien de espíritu blando, dócil, quedo y delicado, como bien lo indican sus discursos y palabras, entonces comprenderemos porqué dije más arriba que él debió cumplir una misión como la que ningún otro profeta tuvo que cumplir. De su libro podemos constatar que Jeremías de suyo

tiene solamente lamentos y lágrimas allí donde un Isaías rugiría con voz de trueno, donde un Ezequiel amenazaría con puños crespados o un Daniel diría abierta y decididamente la verdad. Pero todos sus discursos manifiestan tan sólo su dolor y su tristeza por el infortunio de su pueblo. Y sin embargo hallamos en Jeremías y en su obra profética una firmeza de carácter férrea e irrevocable y una inderrumbable fuerza de oposición y resistencia a los adversarios (Cf. 1:7.18; 15:20; 20:7.18). Es notable, pero en este profeta encontramos siempre un agudo contraste. En ningún otro profeta se entremezclan tan profundamente la blandura por un lado y la inflexible firmeza por el otro.

En la persona del profeta Jeremías encontramos dos sentimientos diametralmente opuestos y diferentes. Por un lado la carne humana con todas sus flaquezas y debilidades, y por el otro el espíritu (la voluntad) firme, implacable e inderrumbable. La carne está supeditada al espíritu. Ella sufre, gime y sangra debajo el peso tremendo y casi insoportable de la carga que Dios le puso encima. Eso ya lo percatamos en el llamamiento del profeta. Pues leemos en Cap. 1:4-10: "Tuve revelación, pues, que decía: Antes que yo te formara en el seno materno, te conocí; y antes que tú nacieras, te santifiqué; te he constituido profeta a las naciones. — Mas yo contesté: ¡Ay Jehová, Señor! ¡He aquí que no sé hablar, porque soy niño! — Y Jehová me respondió: No digas: Soy niño; sino anda a dondequiera que yo te envíe, y habla todo cuanto yo te diga. No tengas miedo del rostro de ellos; porque contigo soy yo, para librarte, dice Jehová. — Luego Jehová extendió la mano, y tocó mi boca; y me dijo Jehová: He aquí que pongo mis palabras en tu boca. Mira que yo te pongo hoy sobre las naciones y sobre los reinos, para desarraigar, y para derribar, y para arruinar, y para destruir completamente; para edificar también y para plantar". Y luego en los versículos 17-19: "Tú, pues, ciñe tus lomos y ponte en pie, y diles cuanto yo te mando; no te acobardes a causa de ellos, no sea que yo te confunda delante de ellos. — Y he aquí que te pongo hoy por ciudad inexpugnable, y por columna de hierro, y por muro de bronce contra toda esta tierra; contra los reyes de Judá, contra sus príncipes, contra sus sacerdotes, y contra todo el pueblo de

ia tierra. — Y ellos pelearán contra ti, mas no prevalecerán contra ti; porque contigo soy yo, dice Jehová, para librarte”.

Pero pese a esta sublime promesa que Dios le da, Jeremías gime y se lamenta. Su carne no quiere llevar la carga que Jehová le puso encima. En Cap. 5:19 leemos: “; Mis entrañas! ; Mis entrañas! ; Me duelen las paredes de mi corazón; se conmueve mi corazón; no puede estarse quieto, por cuanto has oído, oh alma mía, el sonido de la trompeta y la alarma de guerra!” Y en Cap. 9:1 vuelve a lamentarse de esta manera: “; Oh si fuera aguas mi cabeza, y mis ojos fuente de lágrimas; para que de día y de noche yo llorara por los muertos de la hija de mi pueblo!”.

Su vida corre constante peligro desde su llamamiento. Sus propios hermanos lo desprecian. Los pobladores de Anatot lo quieren matar. Los perversos sacerdotes; los falsos profetas; los reyes impíos, todos le hacen una oposición constante y sistemática. Su situación se torna por tanto verdaderamente deplorable. Jeremías se torna en el mártir de los profetas” (Delitsch). El fué mártir por mucho tiempo, hasta que terminó siendo mártir de verdad, como dijo Orígenes. El espíritu de Jeremías, blando y delicado de por sí, sufre esta angustia y amargura en toda su plenitud. La vicisitud espiritual y física que lo aflige se torna tan garve, que hasta llega a maldecir el día de su nacimiento. Ese ha sido un momento de extrema debilidad, pero debilidad de la carne. Por eso es notable el pasaje donde Jeremías exclama preñado de aflicción y dolor: “; Maldito el día en que yo nací! ; No sea bendecido el día en que mi madre me dió luz! ; Maldito el hombre que trajo las nuevas a mi padre, diciendo: Nacido te ha un varón; colmándolo así de alegría! ; Sea pues aquel hombre como las ciudades que destruyó Jehová sin mudar de propósito! ; Oiga un clamor por la mañana, y alarma de guerra al tiempo del mediodía, y por cuanto no me hiciera Dios morir desde el nacimiento, o que mi madre no fuera mi sepultura, y su seno una eterna preñez! ; Por qué salí del seno para ver aflicción y dolor, y para que mis días sean consumidos en vergüenza?”.

Este pasaje ha sido un punto de desacuerdo para los exegetas. Ewald habla de la carga abrumadora de la época, que doblegó a Jeremías hasta hundirlo en el caos de la desesperación y de la misma maldición. Hétzig habla de un cierto “des-

equilibrio momentáneo del espíritu. consecuencia de la indescriptible miseria general, bajo la que el mismo espíritu sucumbió". — Calvino opina que Jeremías pecó gravemente; pues ésas son palabras de un hombre desesperado. "Si alguien maldice el día de su nacimiento, entonces el oprobio, la vergüenza, recae sobre Dios. Su ánimo ha estado completamente oscurecido". Auberlen habla de un "oscurecimiento interno". — Pero no debemos pasar por alto que a este pasaje le precede una triunfal expresión de júbilo. Y desde esta expresión de júbilo triunfal surgen los rayos que desgarran las sombrías tinieblas de su queja. Leamos primero Cap. 20:11-13: "Pero Jehová está conmigo como un guerrero formidable; por tanto los que me persiguen tropezarán, y nada podrán; muy avergonzados serán, porque no saldrán con su empresa: Les será una afrenta eterna que nunca será olvidada. Y tú, oh Jehová de los Ejércitos, que pruebas al justo, tú que miras los íntimos pensamientos y el corazón, vea yo tu venganza en ellos; porque te he expuesto a ti mi causa. ¡Cantad a Jehová! ¡Alabad a Jehová! Porque ha librado el alma del menesteroso de mano de los malhechores". La maldición de Jeremías es pues, sólo un lado del todo, y no debemos aislarlo del otro. Lo mismo ocurre cuando Jeremías quiere librarse de su oficio que lo consume y doblega con sus enormes y santas responsabilidades. Pero todo eso no es más que el fruto de la debilidad carnal. Por otra parte este pasaje como Job cap. 3 son un testimonio, triste por cierto. de que aun en los creyentes la carne suele rebelarse poderosamente contra Dios y sus sagrados designios para con el hombre. Pero no por ello nosotros, en días de prueba y aflicción, debemos copiar el ejemplo de estos patriarcas. Si lo hiciéramos con la esperanza de hallar en Job y Jeremías justificación, cometeríamos pecado gravísimo. Muy al contrario, si nos sintiéramos tentados a ello, hagamos todo lo posible por reprimir tales tentaciones y caigamos humildemente ante Dios rogando que nos perdone y nos fortalezca al mismo tiempo (Cf. Is. 45:10). En otra oportunidad Jeremías desea deshacerse de su ministerio, de la misión ardua y exigente que lo doblega y consume. Pero también ello es el fruto de su carne débil y frágil.

(Continuará)

L. Gros.